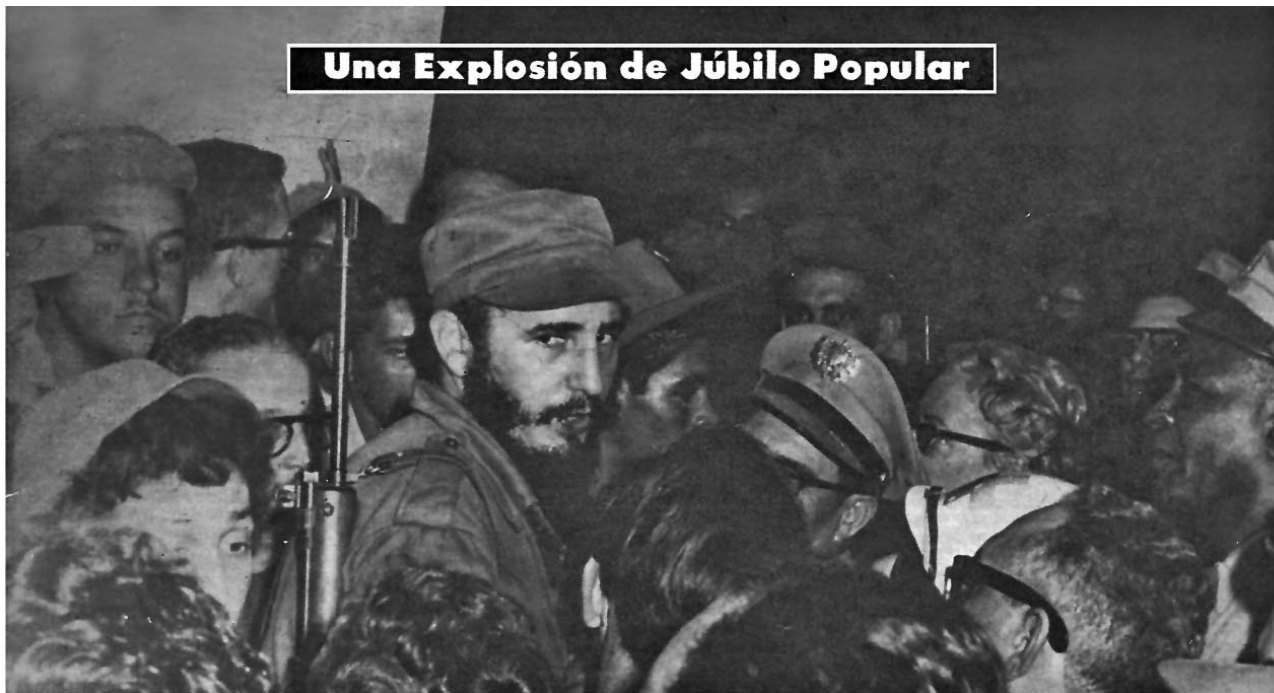


Una Explosión de Júbilo Popular



Fidel Castro, el jefe indiscutible, marcha por las calles santiagueras confundido con el pueblo que lo vitorea, con un pueblo que quiere ver en carne y

hueso al hombre cuyas hazañas parecían cosa de leyenda. Hay hasta un soldado, es que el ejército ya ha hecho causa común con los forjadores de la libertad.

ENTRAN EN SANTIAGO DE CUBA FIDEL CASTRO Y SUS TROPAS



En uno de los jeeps de la caravana victoriosa va Luis Orlando Rodríguez que compartiera con los hombres de la Sierra las vicisitudes de la existencia nómada y las peripecias del diario combatir. Ahora, la república liberada le confiará otras misiones y el gobierno del presidente Urrutia le llevaría a su gabinete para que, desde él, siguiera sirviendo a Cuba.

Los carros cargados de tropas revolucionarias entran en Santiago de Cuba. Los soldados portan en las manos las armas con las que hicieron realidad el sueño de liberación. En los rostros —barbudos o lampiños— hay una luz de alegría: la de haber cumplido con el deber. Y hay sonrisas de mujer para darles el más cordial recibimiento. Sobre los héroes cae, como un manto de gloria, la bendición de un pueblo.

124

SANTIAGO, la mártir, se convertía en Santiago la alegre. Era una alegría indescriptible, una alegría que en extraña mezcla estaba hecha a la par de gozo y de llanto. Sonaban las sirenas y los pitos, redoblaban las campanas. Pero por sobre todo ese ruido se alzaba el otro, el compuesto por millares de voces, la de los santiagueros que aclamaban a los hombres de la Sierra que, ahora como triunfadores, hacían su entrada en la ciudad de Velázquez.

Fidel Castro, el capitán invencible; el hombre cuyo nombre era una bandera y un símbolo llegaba triunfador a la ciudad que en cada calle y en cada piedra tenía un recuerdo de un sacrificio por la libertad. Y el pueblo de Santiago, que conocía como ningún otro de la isla de los sufrimientos y las heroicidades, se volcaba en las calles para saludar al forjador de la victoria.

Y las madres enlutadas, los huérfanos, las viudas, se guardaban el dolor en lo más íntimo y salían también a dar vítores. En aquel momento sabían que sus muertos no habían caído en vano; que la sangre de los suyos había dado óptimo fruto. ¡Santiago de Cuba era territorio libre!

